



Capítulo 117 - 117: La criada se rompió

Viviane bajó rápidamente las escaleras; sus pasos resonaban por el pasillo vacío como martillazos que acompañaban la confusión en su mente. Su rostro estaba enrojecido, no solo de ira, sino de algo más profundo e inquietante que aún se negaba a admitir. Sus manos, apretadas en puños a los costados, temblaban ligeramente, mientras sus pensamientos corrían, caóticos y contradictorios.

«Esa mujer...», pensó, con el rostro contraído por el asco. «¡Qué audacia! Parecía tan satisfecha, tan... feliz. Como si hubiera ganado algo importante». Apretó los dientes. «¿Pero a quién le importa ella? ¿A quién le importa Zafiro? Lo que me preocupa es él».

Su corazón se aceleró al pensar en la expresión de Vergil. Era diferente, sonreía de una manera que parecía tan genuina, tan llena de satisfacción. La golpeó inesperadamente, una opresión en el pecho que se negaba a disiparse. «¿Por qué estaba tan... feliz?». El recuerdo de la mirada de Vergil hacia Zafiro la revolvió por dentro.

Inconscientemente, Viviane se detuvo al pie de la escalera, con los pies firmemente plantados en el frío suelo de mármol. Se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras cerraba los ojos con fuerza, intentando recuperar la compostura. «Traicionó a su esposa», pensó con vehemencia. «Esto es inaceptable. Está... Está deshonrando todo lo que creía que era».

Pero por mucho que intentara alimentar esta indignación, el nudo en su pecho no era solo de ira o desilusión. Era algo más, algo que no quería reconocer. Porque admitirlo significaría enfrentarse a la verdadera razón de su dolor.





¿Celos? La palabra la atravesó como una cuchilla, afilada e implacable. Abrió los ojos de golpe y negó con la cabeza como si pudiera ahuyentar el pensamiento. ¡Ridículo! No soy de ese tipo. Él es mi amo, mi deber es servirle, nada más.

Pero los recuerdos seguían regresando. Los momentos en que lo observaba desde lejos, admirando su fuerza y su determinación. Los momentos en que la elogiaba, aunque fuera con indiferencia, y el corazón le daba un vuelco. Los días en que anhelaba desesperadamente ser más que una simple sirvienta para él.

Viviane se mordió el labio inferior, sintiendo la familiar mezcla de frustración y miedo de perder algo que nunca fue suyo. «Ni siquiera lo sabe... Nunca lo sabrá», pensó, intentando convencerse de que era solo una debilidad pasajera. Pero las imágenes de él con Zafiro, la risa, las miradas, el beso... la consumieron, como fuego que lamía sus pensamientos y dejaba solo cenizas de duda y tristeza.

«Zafiro... esa zorra loca que me obligó a ser su sirvienta personal», pensó con amargura. «¿Ahora también va a robarle la atención? Siempre gana, ¿verdad? Siempre consigue lo que quiere».

Viviane empezó a caminar de nuevo, sus pasos ahora más controlados, pero todavía pesados.

Se detuvo en medio del pasillo al oír la familiar voz de Vergil resonar tras ella. Todo su cuerpo se tensó y un escalofrío le recorrió la espalda. «¿Me siguió?!». La idea la golpeó como un rayo, y el corazón le latía con fuerza. Respiró hondo e intentó recomponerse antes de girarse lentamente para mirarlo.



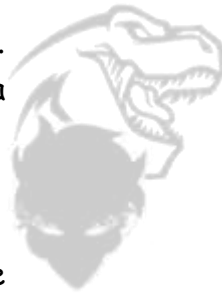


Vergil estaba allí de pie, en medio del pasillo, con una postura relajada, pero con esa mirada penetrante que parecía atravesarla. Tenía las manos en los bolsillos, pero sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y preocupación.

"¿Por qué te comportas así?", preguntó, con un tono que oscilaba entre la autoridad y la curiosidad. Ladeó ligeramente la cabeza, como analizando cada detalle de su reacción.

Viviane sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. Abrió la boca para responder, pero no le salió nada. Apartó la mirada rápidamente, intentando evitar esa mirada que parecía desarmarla por completo. «No... no sé de qué habla, Maestro», respondió con la voz ligeramente temblorosa. «No estoy actuando de forma diferente».

Vergil dio unos pasos hacia ella, acortando aún más la distancia entre ellos. «Viviane», dijo con un tono más firme. «Te conozco lo suficiente como para saber cuándo algo anda mal. No intentes mentirme».



Instintivamente dio un paso atrás, pero se detuvo al darse cuenta de que estaba acorralada entre la pared y él. "No es nada, lo juro", insistió, mirando al suelo. Sus manos se aferraban con fuerza a los costados de su vestido. "Solo estaba... pensando en algunas cosas".

Vergil arqueó una ceja, claramente insatisfecho con la respuesta. Dio otro paso al frente, tan cerca que Viviane sintió la calidez de su presencia. "¿En qué estabas pensando?", preguntó en voz baja, casi un susurro.

Viviane finalmente levantó la vista para encontrarse con la de él. La mirada firme de Vergil se clavó en la suya, y en ese instante, sintió como si el pasillo se hubiera quedado sin aire. «¿Cómo se las arregla para ser tan...?». No pudo completar la frase. Había algo en su mirada, algo que la hacía querer confesárselo todo, pero también huir para siempre.



—Te... te vi —admitió finalmente, con voz apenas audible—. Con... Zafiro.

Vergil ladeó la cabeza, con una leve sonrisa formándose en sus labios. "Ah", dijo, con la comprensión evidente en su tono. "Así que eso es todo. ¿Te molesta lo que viste?"

Viviane sintió que la sangre le subía a la cara y sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. "¡No... no es eso!", protestó, aunque su propia voz la delataba, llena de nerviosismo y vacilación. "¡Solo... pensé que era inapropiado, eso es todo!"

Vergil se cruzó de brazos, con una sonrisa aún más amplia en sus labios. "¿Inapropiado, ¿eh?", repitió con un tono de voz cargado de sarcasmo.

"Estás pensando demasiado, ¿sabes?", rió. "Acabo de cobrar mi recompensa", dijo, jugando con las palabras.



"¿Una recompensa?", preguntó Viviane, confundida. "Dijo que, si ganaba contra el Pájaro de Fuego, podía pedir lo que quisiera. Así que la pedí". Vergil se encogió de hombros con indiferencia, como si fuera normal pedir a su suegra como suya.

—¿La pediste? —repitió Viviane, con una mezcla de incredulidad y algo peligrosamente cercano a la indignación.

Vergil rió, una risa baja y provocadora que parecía encarnar su audaz personalidad. «Sí, pregunté. Fue una apuesta segura, Viviane», explicó, con un tono casi aleccionador, como si le estuviera dando instrucciones. «Ella apostó su alma. Gané. Y, bueno... un alma es mucho más interesante cuando está... acompañada».



Viviane parpadeó un par de veces, intentando procesarlo todo. Pero lo que más la molestaba, más que la ya absurda situación, era la forma en que él hablaba de ello, como si fuera lo más natural del mundo.

"¡Esto es... inaceptable!", dijo, finalmente reuniendo el coraje para expresar su opinión. "¡Es... la madre de tu esposa! ¿Cómo puedes simplemente... pedir algo así? ¡Como si fuera... un objeto!"

Vergil arqueó una ceja, con la sonrisa aún fija, pero sus ojos ahora brillaban con un destello de interés. "¿Un objeto? Viviane, ¿de verdad crees que veo a la gente así? No. Veo su potencial. Y, por cierto, Raphaeline tiene mucho potencial... en muchas áreas."

Las palabras hicieron que Viviane se quedara sin aliento y retrocedió un paso. Su rostro ahora era una mezcla de vergüenza y rabia. "¡Eres imposible, Maestro!", dijo, alejándose.

"Oye, espera, ¿adónde vas?", preguntó Vergil, pero Viviane simplemente respondió: "Voy a ver a alguien". Añadió: "No es asunto tuyo". La siguió, y una mujer la esperaba en el recibidor de la mansión.

—Me alegra verte, Emmily —dijo Viviane, mirando a una mujer que Vergil nunca había visto en su vida.

"¿Quién es ella?" preguntó Vergil, mirando a la mujer mayor, que era realmente atractiva.

Medía aproximadamente 1,65 metros, sin un cuerpo imponente como el de Katharina o Sapphire, ni una belleza radiante como la de Roxanne. Sin embargo, se parecía un poco a Ada, aunque su cuerpo era mucho más común. Claro que eso no le quitaba su belleza. Su cabello era verde claro y llevaba un





vestido degradado que comenzaba en azul y se desvanecía en blanco a sus pies. Tenía apariencia asiática, muy parecida a la de Ada, pero su semblante era mucho más sereno que el de cualquier persona que Vergil hubiera visto en este mundo... era misteriosa.

—Es una bruja con la que tengo un contrato de exclusividad. Hace algunos trabajos para mí y le pago. Se llama Emmily —presentó Viviane, y la mujer hizo una reverencia sin decir palabra, con aire reservado.

—Creía que vivías aislada en ese lugar. ¿Quién iba a pensar que tenías contacto con brujas? —preguntó Vergil, analizando a la mujer—. Sabes que si Zafiro ve esto...

—No pasa nada. Le pedí permiso a Sapphire antes de contactarla —dijo Viviane—. No te preocupes demasiado. —Se volvió hacia Emmily.

"Disculpe la visita inesperada, Vergil Agares", dijo, haciendo una nueva reverencia. "Su sirviente me contactó para recabar información, y vine en cuanto terminé". Habló con calma y serenidad, agitando las manos, y un pájaro de maná blanco apareció en el aire, volando alrededor de Viviane antes de posarse en su mano.

"Como pidió la señora, dentro de esta paloma está toda la información sobre el arma que busca. Sinceramente, no fue fácil, pero encontré algunos detalles interesantes que vale la pena analizar", dijo Emmily, permitiendo que Viviane echara un vistazo.

Viviana tomó la paloma y, con un gesto rápido, la absorbió dentro de sí, como si la atrajera hacia su interior.





"¿Eh? ¿Qué es eso?" preguntó Vergil, dirigiendo su pregunta a la bruja, quien sonrió.

"Mi magia es bastante única. Puedo compilar información en un hechizo. La señorita Viviane simplemente lee toda la información, que va directamente a su mente", explicó Emmily de forma sencilla y práctica.

—Ya veo... —respondió de repente Viviane, con el rostro contorsionado en una expresión triste, como si algo se hubiera roto dentro de ella.

"¿Eh? ¿Estás bien?", preguntó Vergil, al notar el cambio en su actitud.

Viviane permaneció en silencio un largo instante, con la mirada vacía, como perdida en una pesadilla lejana. Luego, su expresión se deformó y finalmente pronunció las palabras, con la voz quebrada como un cristal.

—Excalibur... fue destruida —dijo—. No... no puede ser... —murmuró, con la voz cada vez más débil.

En un instante, se desplomó en el suelo como si la hubieran desgarrado por dentro. Sus ojos se destrozaron por completo, y una mirada desesperada se apoderó de Vergil antes de que rompiera a llorar.

